



OJEADA HISTÓRICA Y HERÁLDICA

DEDICADA

A LA ENSEÑANZA INFANTIL.

Algo difícil es la tarea que voy á emprender; pero deseoso de comunicar á grandes rasgos los conocimientos heráldicos que á fuerza de algunos años de estudio he adquirido, á esos seres que se encuentran en la edad propia, para que queden impresos en su mente los hechos que vamos á narrar, no vacilo en emprenderla. Pocas son mis fuerzas, grande la intencion; compensada la una con las otras, darán el fruto que yo deseo; y si al cabo de la serie de artículos que me propongo publicar, en los cuales daré á conocer á mis pequeños lectores los escudos de armas de los diferentes reinos de España, ciudades, villas y personajes más célebres de nues-

tra historia, consigo que queden impresos en su mente los datos que voy á comunicarles, se verán cumplidos mis deseos.

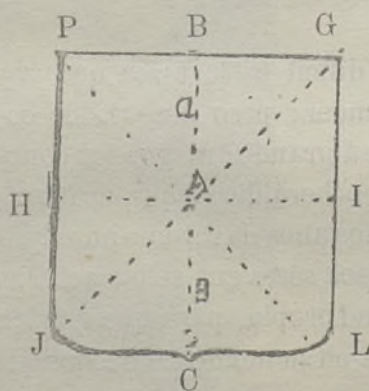
La heráldica bien definida, no es más que un traslado, un objeto mudo, un espejo que refracta los hechos culminantes de cada nacion. En cada escudo de armas que se mira, se ve en su fondo una página de gloria para una familia, para los moradores de una ciudad, para los aguerridos soldados de cualquiera de las tres épocas en que se divide la historia. Ellos, en casos dados, sirven para demostrar el apellido del caballero que lo usa ó el nombre de un reino, en cuyo caso se denominan armas parlantes,

como acontece con los escudos de Castilla y Leon, ó con las armas de los apellidos *Molina*, que lleva una piedra de molino; *Escobar*, que usa tres escobas de mano; *Figueroa*, que tiene cinco hojas de *figuera* ó *higuera*, y otros varios que sería prolijo enumerar.

Asimismo sirven para conocer las familias reinantes, por medio de sus *brisuras* colocadas alrededor de las figuras de un escudo ó por los *franco-cuarteles* colocados en las frentes de los mismos. La explicacion de estas frases heráldicas las daré al finalizar la coleccion de escudos, en un brevísimos diccio-

nario, complemento del trabajo *histórico-heráldico*.

Para amenizar más la parte árida y seria de éste, daremos escudos representando las armas explicadas, marcando con sus rayas en el grabado el color de cada figura, de cada cuartel y de cada escudo. Para ello, como ven mis pequeños lectores, presento la forma de uno que representa una cara humana, verdadera aplicacion que tiene desde sus primitivos tiempos la colocacion heráldica de las figuras. Segun el sitio en que se hallan colocadas, así se denomina el sitio donde van, y así marcan la importancia de ellas.



El escudo se divide en tres partes iguales. La primera, el sitio que ocupa la frente; la segunda, desde ésta á la nariz; y la tercera, desde la nariz á la barba. Se llaman así en heráldica:

- 1.^a Parte.—La frente ó el jefe.
- 2.^a Id. —El abismo ó centro.
- 3.^a Id. —La barba ó punta.

El escudo tiene por medida seis partes iguales de alto por cinco de

ancho. Lo primero se llama *longitud*; lo segundo *latitud*.

La verdadera forma del escudo es la que se ve anteriormente y la más general. Los italianos usan del escudo ovalado, por cuya razon se ven tantos ejemplares de esta forma en España en el reinado de Carlos III, porque al venir de Nápoles traia así bordadas las armas reales;

pero ningun heraldo ni rey de armas español usará esa forma de escudo, por más que la moda varíe en algo su contorno.

La segunda figura marcada con las letras del alfabeto, indica las partes del escudo, y vamos á enumerarlas valiéndonos de las dichas letras:

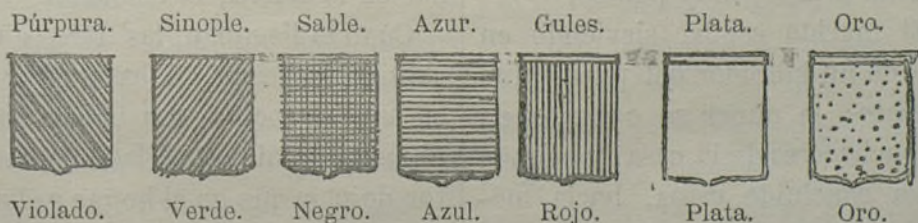
- A.**—Centro del escudo, ó abismo.
- B.**—Centro de la frente, ó jefe.
- C.**—Punta ó barba del escudo.
- D.**—Ceja del escudo.—Punto de honor.
- E.**—Labio del escudo.—Punto de pretension.
- F.**—Canton diestro del jefe, ó alto canton diestro.
- G.**—Canton siniestro del jefe, ó alto canton siniestro.
- H.**—Flanco diestro.
- I.**—Flanco siniestro.
- J.**—Canton diestro de la punta, ó bajo canton diestro.
- L.**—Canton siniestro de la punta, ó bajo canton siniestro.
- F H J.**—Diestra del escudo.
- G I L.**—Siniestra del escudo.

Las mismas letras sirven de ejemplo para señalar el punto de colocacion de las piezas honorables

del escudo, ó de las figuras que compone el blason de cualquiera armeria en esta forma:

- F B G.**—Ordenadas en la frente en faja.
- B D A E C.**—Puestas en palo.
- H A I.**—Reglada en faja.
- J C L.**—Reglada en punta.
- F A L.**—En banda.
- G A J.**—En barra.
- F G A.**—Bien ordenadas. Colocacion de tres figuras.
- B J L.**—Equiláteras ó mal ordenadas.
- F G J L.**—Cuatro figuras bien ordenadas.
- B H I C.**—En cartela ó tarjeta.
- F G A C.**—En Palio.
- F G A J L.**—En sotuer; colocacion de cinco figuras.
- B A C H I.**—En cruz.
- F H J C L I G B.**—En orla.

Los metales en heráldica son dos: oro y plata, que se sustituyen, el primero con el amarillo y el segundo con el blanco. Los colores son cinco: rojo, azul, negro, verde y púrpura, los cuales se marcan en el grabado de esta manera:



Con lo dicho creo que puedo dar punto al presente prólogo, dejando para otro número el comenzar con la explicacion de los escudos de los antiguos reinos de España.

El primero que daremos á conocer será el del antiguo reino de Sobrarbe.

(Se continuará.)

ANGEL MEDEL.

EL CANGREJO.

(IMITACION DE PFEFFEL.)

Resto de una comida
Que á orillas de un arroyo fué servida,
Quedó en una pradera abandonado
El conchudo cadáver de un cangrejo
Lo mismo que una grana colorado.
Miraban y admiraban pensativos
Otros cangrejos vivos
Aquel tinte magnífico bermejo,
Y cada cual de su interior exhala
Esta loca expresion: «¡qué hermosa gala!
¡Quién el secreto raro poseyera
De poderse adornar de tal manera!»

Oyendo la ocurrencia peregrina
Díjoles un raton docto en cocina:
—«Para adquirir colores tan brillantes
No hay otro medio que coceros ántes;
Mirad, pues, lo que al mísero le cuesta
La mortaja de honor que lleva puesta.»
*Quien envidia la gloria eselarecida
Que á los varones célebres rodea,
Suspenda su opinion hasta que lea
La fiel historia de su amarga vida.*

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MARTA LA SEGADORA.

Hace algunos años vivía en una pobre aldea de Castilla la Vieja una pobre familia de jornaleros, compuesta de un matrimonio, una niña y una viejecita, madre del marido.

La vida de aquella familia era completamente feliz.

Eran pobres, muy pobres.

El marido estaba sirviendo en casa de un labrador del pueblo inmediato; la mujer se ocupaba en los quehaceres de la casa, y cuando había concluido éstos, hacia médiás, que luégo vendía, sacando con esto algun dinerito.

La niña, que tenía seis años, iba á la escuela á aprender á leer y á escribir, y una vecina la enseñaba á hacer labores.

La abuelita era muy vieja, muy vieja, y se pasaba al sol los días, y las noches sentada en el poyo al lado del hogar.

En aquella casa no reinaba la riqueza; pero en cambio abundaba otra cosa mucho más difícil de hallar en la tierra, la felicidad.

Cuando llegaban las largas noches de invierno, daba gusto ver en aquella cocina, tan blanca como un copo de nieve, al lado del monton de paja que en el hogar ardía, á la familia, esperando tranquila el momento de cenar para irse después á dormir.

La abuelita, con su nieta sentada en las rodillas, se entretenía en referirla cuentos de aparecidos, en

tanto que la madre ponía sobre la mesita el blanquísimo mantel y sobre éste las escudillas.

Después de cenar se acostaban, y cuando ya despuntaba el día y empezaban á cantar los pajarillos, se levantaba la madre, y vistiendo á su hija llevábala al corral á dar de comer á las gallinitas.

Así vivieron algun tiempo; pero como no hay bien ni mal que cien años dure, se cansó la fortuna de favorecerles y dió la desgracia en perseguirles.

Juan, el jefe de la familia, enfermó de pulmonía, y en pocos días murió, dejando solas á las tres mujeres.

Petra, su esposa, no pudiendo soportar el dolor que la ocasionaba la pérdida de su marido, cayó enferma de pena, y á los pocos meses murió abrazada á su hija.

Esta tenía entonces diez años; hasta aquella época habia sido feliz, pero la desgracia se habia ensañado con ella.

Se quedó sola, sin más amparo que su pobrecita abuela, anciana y casi ciega.

Pero no desmayó por eso; su madre la habia enseñado á tener fe en Dios, y ella sabía que Dios no abandona nunca á los niños cuando son buenos.

Se propuso ser fuerte y se juró ser el amparo de su abuelita.

Pero ¿y cómo podía ser esto?

¡Es tan poco lo que puede hacer una niña en beneficio de nadie!

Sin embargo, Marta no se desanimó.

Era entonces la Primavera; el trigo empezaba á brotar en los campos; la naturaleza entera se adornaba con sus mejores galas.

La vecina que ántes enseñaba á Marta á hacer labores, tenía labranza y la propuso ir á escardar, dándola dos reales diarios.

Era muy poca cantidad dos reales para mantenerse ella y su abuelita; pero no habia más remedio, y fué preciso conformarse.

Desde aquel día, apenas el sol empezaba á dorar los campos, salía la niña armada de su azadilla y pasaba todo el día limpiando los sembrados de yerbas malas.

Así llegó el verano. Marta seguía trabajando en los campos de aquella vecina, y luego por las noches, cuando iba á su casa con su abuelita, la refería lo que durante el día la habia acaecido.

Algunas veces la anciana la estrechaba entre sus brazos, y una lágrima de tristísima pena se desprendía de sus ojos.

—¿Por qué lloras, abuelita? la preguntaba Marta.

—¿Por qué he de llorar, hija de mi alma, la respondía; no quieres que esté triste, no quieres que llore cuando veo que de nada te sirvo, que nada puedo hacer para ayu-

darte? Valdria más mil veces que me muriera.

—Eso es, y entónce me quedaria yo solita completamente.

—Es verdad, hija mia, es verdad.

—Vamos, abuelita, no llores; mira, yo te quiero mucho, mucho, y soy muy feliz porque te sirvo de algo; mi madre, que me ve desde el cielo, se me aparece todas las noches y me besa en la frente, diciéndome: «Bien, Marta, bien; así deben ser siempre las niñas; sigue como hasta aquí, que yo velaré por tu felicidad, y la Virgen Santísima te recompensará porque eres buena;» ¡y si vieras, abuelita, qué contenta me pongo cuando la oigo!

—¡Bendita seas, hija de mi alma, bendita seas!

—Vamos, abuelita, no seas así, no llores más y ten paciencia; mira, desde mañana voy á ir á segar los trigos de la vecina; me da un real más y de comer.

—¡Hija mia! y con un sol tan abrasador como el que hace en este tiempo..... cómo te vas á poner, hija de mi alma.

—Bah, bah, abuelita; ¿quién hace caso del calor? ¿No sabes tú que el sol es amigo de los niños? Ya verás, abuelita, ya verás como no me sucede nada.

—Dios lo haga, hija mia, Dios lo quiera.

Desde el dia siguiente al en que ocurrió esta conversacion, empezó

la niña á segar los campos de la vecina, segun á su abuela la habia dicho.

Todas las mañanas, y mucho ántes de que el sol saliera por el Oriente, Marta, con su hoz en la mano, segaba las doradas espigas, regándolas con el sudor de su frente: algunas veces se desprendia una lágrima de sus ojos, y un suspiro de desaliento se escapaba de su fatigado pecho; pero el recuerdo de su anciana abuelita venia á reanimarla, y segaba, segaba la niña más que ninguno de sus compañeros.

Luégo, cuando llegaba la hora de la siesta y miéntras aquellos dormian, la buena Marta, sin miedo al calor, abandonaba su hoz, y tornándose en espigadera, iba recogiendo una por una las espigas olvidadas, y cuando la noche llegaba y con ella la hora del descanso, tornábase alegre á su casa, cargada con lo que durante el dia habia espigado.

—Mira, abuelita, mira, exclamaba, qué hermosas espigas, qué doradas; mira qué trigo tan rico; las he cogido para tí, abuelita, para que te distraigas mañana; miéntras yo estoy en el campo, tú, sentadita á la sombra, te entretienes en desgranarlas, pensando en mí; y despues, cuando acabe la siega, venderemos el trigo y te compras una saya nueva.

—¡Hija mia, qué buena eres!

—Vaya, vaya, abuelita, no seas así, que me enfado; yo no soy buena; no hago más que lo que me ordena mi madre cuando por las noches se me aparece en sueños.

Así trascurrieron algunos días; Marta, siempre buena, siempre trabajadora, segaba cuando los demás y espigaba mientras los demás dormían.

Una tarde se hallaba segando en una tierra distante de la aldea, cuando de repente estalló una de esas horribles tempestades tan frecuentes en el verano; la noche había llegado; una negra y espesa capa de nubes cubría el cielo; gruesas gotas caían á torrentes; siniestros relámpagos rasgaban el firmamento, y pavorosos truenos hendían los aires con espantoso tableteo.

La niña, sola como siempre la acontecía, dirigiase á su casa, temblorosa y pensando en su abuelita; de repente, y al llegar á unas zarzas, parecióla ver una brillante llama, y sin ser dueña de evitarlo, sintióse atraída hácia ella.

¡Cuál no sería su asombro al percibir entre vivísimos resplandores una dama hermosísima que la miraba, sonriendo amorosamente!

—«Marta, exclamó aquella señora, ¿no me conoces, dí?»

—No, señora, contestó temblando la niña.

—«Soy María, la Madre de Dios, la Madre de los niños, que vela por tí y por todos los que son como tú; eres buena y trabajadora; quieres mucho á tu abuela, y yo, que todo lo veo desde el cielo, pronto te daré tu recompensa.»

Al escuchar esto, la niña cayó al suelo acongojada.

Cuando volvió en sí, todo había desaparecido, y juzgó que era sueño lo que había creído ver y escuchar.

La tempestad entre tanto se había alejado; el cielo estaba claro, y millares de blancas estrellitas brillaban en él.

Siguió la niña su camino, aún asustada á consecuencia de la aparición, y al llegar á su casa un nuevo dolor la esperaba; su abuelita, su querida abuelita, estaba en la cama gravemente enferma.

—Hija mia, la dijo al entrar, ¿cómo has tardado tanto? Me siento morir, y creí que Dios no me concedería verte ántes de abandonar la tierra.

—No, abuelita, no te morirás, no quiero que te mueras; ¿qué va á ser de mí sola en el mundo?

—Pobre hija mia, no llores, no te desconsueles; Dios no desampara nunca á los niños buenos; ¡quién sabe! tal vez desde el cielo pueda servirte de algo más que aquí en la tierra, donde no soy para tí más que una carga; ven, hija mia, no te aflijas; ven, dame un beso, y

adios, adios.

A la mañana siguiente, la abuelita murió bendiciendo á Marta y dejándola sola completamente en el mundo.

Pero la promesa de la Virgen se realizó; aquella vecina que habia protegido á Marta, y que era la más rica de la aldea, compadecida de su orfandad, la adoptó, y desde entónces vivió siempre feliz á su



lado; y á la hora de la muerte la vecina dejó á Marta por heredera de su fortuna, y la segadorecita fué dueña absoluta, en recompensa de su bondad y su virtud, de aquellas tierras que habia escardado y de

aquellos campos que habia segado, regándolos con el sudor de su frente para dar pan á su anciana abuelita.

VENTURA MAYORGA.



ENRIQUE EL ENVIDIOSO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

Sala decentemente amueblada.—Puerta al fondo y laterales.

PERSONAS.

D. LUIS, papá de
ENRIQUE y
PEPITO.
JUAN, criado.

La escena pasa en Madrid.—Época actual.

Por derecha é izquierda, entiéndase la del actor.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE y PEPITO.

(Aparecen sentados uno á cada lado de la escena comiendo los dos pan y manzana.)

ENRIQ. ¡Eso es; á ti te han dado
La manzana más hermosa!

PEPIT. ¡Si es lo mismo que la tuya!

ENRIQ. Mentira, que esa es más gorda.

PEPIT. Tómala. *(Alargándosela.)*

ENRIQ. Yo no la quiero;

Pero lo que á mí me amosca
Es que á tí te quieren más,
Y te dan siempre las cosas
Mejores.

PEPIT. ¡Qué disparate!

ENRIQ. Ayer nos trajeron tortas
Y me dieron la más chica.

PEPIT. Costaron igual.

ENRIQ. No importa.

PEPIT. Sería casualidad.

ENRIQ. ¡Sí, casualidad! *(Irónico.)*

PEPIT. ¡Qué cócora
Eres!

ENRIQ. ¡Eso es, ponme motes!

PEPIT. Hombre, si es que me sofocas
Con tus tontunas.

ENRIQ. ¿Tontunas?...

No es verdad. Es que me odian
Todos en la casa.

PEPIT. *(Levantándose.)* Eres
Lo más cansado y más posma
Que he visto.

ENRIQ. Pues; como tú
Eres aquí la persona
A quien todos tratan bien,
Te has engreído, y te choca
Que yo me queje.

PEPIT. Insufrible
Estás.

ENRIQ. La razon me sobra.

PEPIT. No se te puede aguantar.
Me voy.

ENRIQ. ¿Adónde?

PEPIT. *(Yéndose.)* A la gloria.

ESCENA II.

ENRIQUE solo.

¡Pues si siempre estás en ella!
Por eso á mí me acongoja
La sinrazon que conmigo
Cometen todos y todas.
A él papá le quiere mucho
Y á mí ni pizca. Su alcoba
Es más grande que la mía
Y bastante más lujosa.
A él le han hecho una levita
Muy larga y la mía es corta.
¡Claro! en todo lo prefieren,
Y yo soy aquí una escoba,
Un zascandil, un cualquiera
Que á todo el mundo le estorba.

ESCENA III.

ENRIQUE y D. LUIS.

(D. Luis entra por el fondo, figurando viene de la calle.)

D. LUIS. ¡Hola, Enrique! ¿Qué se hace?

ENRIQ. Comiéndome una manzana.

D. LUIS. Me alegro.

ENRIQ. Con mucha gana.

D. LUIS. Pues eso me satisface,
Si es con gana.

ENRIQ. Sí, señor.

D. LUIS. Yo el comer á eso lo ajusto.

Cuando se come con gusto

Es cuando sienta mejor.

¿Y Pepito?

ENRIQ. Ahora se ha ido

De aquí.

D. LUIS. Pues anda á llamarle.

ENRIQ. *(Lo de siempre. A él quiere hablarle
Y á mí me echa en el olvido.)*

D. LUIS. ¿Por qué no vas?

ENRIQ. Porque estoy

Reñido con él, papá.

D. LUIS. Pues eso mal hecho está.

ENRIQ. Sí, señor; mas yo no soy
Quien tiene la culpa.

D. LUIS. ¡A ver

El niño!

ENRIQ. Si es muy tirano.

D. LUIS. Enrique, hablar de tu hermano

Así, no es buen proceder.

ENRIQ. Como á mí me tratan mal

Y á él se mima de otro modo...

D. LUIS. ¡Enrique!

ENRIQ. *(Incomodado.)* Despues de todo,
Que me queje es natural.

D. LUIS. No es que se te trate así

Como dices. ¡Fastidioso!

Es que eres muy envidioso

Y ya estoy harto de tí.

ENRIQ. Porque él está muy mimado

Y hace que me desespero.

Porque nadie aquí me quiere

Y yo soy muy desgraciado.

(Se echa á llorar á gritos.)

D. LUIS. Me vas á desesperar.

Vete, que eres mi tormento.

ENRIQ. Ya voy. *(Llorando.)*

D. LUIS. Que venga al momento

Pepe.

ENRIQ. *(Llorando.)* Le voy á llamar.

ESCENA IV.

D. LUIS solo.

¡Qué chico tan animal!
 Ya es imposible aguantarle.
 Pero es preciso curarle
 De esa pasion criminal.
 El otro es un bonachon,
 Y con gran paciencia lidia
 Con esta picara envidia
 Que no escucha la razon,
 Y es lo que tengo pensado
 Lo que hacerse necesita.
 Que lleve una leccioncita
 Y quede bien castigado.
 Siento que se mortifique,
 Mas... ¿qué le vamos á hacer?
 Si no se enmienda, va á ser
 Muy desgraciado mi Enrique.

ESCENA V.

D. LUIS y PEPITO.

PEPIT. ¿Me llamaba usted, papá?
 D. LUIS. Sí, te llamaba, Pepito.
 PEPIT. Pues aquí me tiene usted.
 D. LUIS. Lo veo; eres un buen hijo,
 Y por esa razon sola
 Te quiero mucho, muchísimo.
 PEPIT. No hace usted más que pagarme.
 D. LUIS. Bien lo conozco, hijo mio.
 Pues sabes que quiero hablarte.
 PEPIT. ¡Usted hablarme!
 D. LUIS. Justito.
 PEPIT. Pues me voy á dar un tono
 Muy grande.
 D. LUIS. Y muy merecido,
 Pues te voy á consultar
 Sobre un negocio.
 PEPIT. ¡Bravisimo!
 Ya soy todo un consejero
 Con sus puntas de erudito.
(Haciendo como que se da tono y dando paseos.)
 D. LUIS. Escucha con atencion.
 PEPIT. Corriente. Soy todo oidos,
 Como dicen los franceses.
 D. LUIS. Escucha bien lo que digo:
 Tu hermano es un majadero,
 Envidioso.
 PEPIT. ¡Pobrecillo!
 No lo puede remediar.

D. LUIS. Sí, lo sé; pero es indigno
 Su modo de proceder,
 Y eso merece castigo.
 PEPIT. *(En tono de súplica.)*
 ¿Castigo? ¡Oh! no, no, señor.
 Si no puede el pobrecito
 Remediarlo; si es su genio.
 Ya ve usted, aún no ha cumplido
 Diez años, y es necesario
 Perdonarlo, que es muy niño.
 D. LUIS. ¡Qué diferencia! Mi Enrique
 Es casi siempre agresivo
 Con mi Pepito, que en cambio
 Le defiende con ahinco.)
 PEPIT. ¿Por qué no contesta usted?
 D. LUIS. Porque me agrada muchísimo
 Que defiendas á tu hermano
 Así.
 PEPIT. Y él hará lo mismo
 Cuando se trate de mí.
 D. LUIS. ¡Qué inocente es este chico!
 Pues bueno; pues que te empeñas
 Y he sometido á tu juicio
 La cuestion, yo haré de modo
 Que sea suave el castigo.
 PEPIT. Pero ¿por qué castigarle?
 D. LUIS. Hijo, porque es muy preciso.
 Que el ser así, puede hacer
 Muy desgraciado á Enriquito.
 PEPIT. ¡Oh! no. Que sea dichoso.
 D. LUIS. Pues bien; veré si lo inclino
 Con una buena leccion
 A que haga lo que es debido.
 PEPIT. ¿Y qué es lo que debo hacer?
 D. LUIS. Juan te lo dirá, hijo mio,
 Y haces al pié de la letra
 Todo lo que te haya dicho
 Juan.
 PEPIT. Lo haré sin replicar.
 D. LUIS. Pues hasta luégo, hijo mio.

ESCENA VI.

PEPITO solo.

¡Pobre Enrique! ¡Qué irá á hacer
 Papá con él! Ya no puedo
 Resistir, y tengo miedo
 Hasta llegarlo á saber.
 Es un poco envidiosillo;
 Pero temo que en la cura
 Le imponga una pena dura,
 Porque al cabo es un chiquillo.

Pero, no; me ha prometido
Papá... y no es tan cruel
Que ahora vaya á hacer con él...
Pero yo no me descuido,
Por si vienen de esos buenos
Bofetones. Me interpongo,
Y aunque á recibir me espongo
Algunos, le tocan ménos.

ESCENA VII.

PEPITO y ENRIQUE.

ENRIQ. ¿Y papá?
PEPIT. Ahora ha salido.
ENRIQ. ¿Dónde ha salido?
PEPIT. A la calle.
¿Dónde habia de salir?
ENRIQ. Qué sé yo; á cualquiera parte.
¿Ha hablado contigo?
PEPIT. Sí.
ENRIQ. ¿Y de qué te ha hablado?
PEPIT. ¡Calle!
¡Pues no eres tú muy curioso!
ENRIQ. Como á mí no me habla nadie,
Ni papá tiene conmigo
Confianza.
PEPIT. ¡Qué dislate!
Mira, Enrique, es necesario
Que te enmiendes.
ENRIQ. Enmendarme...
PEPIT. De todas esas tontunas
Que tanto sufrir nos hacen.
ENRIQ. Sí, porque no me queréis.
PEPIT. No empieces con disparates
Y habla en razon.
ENRIQ. ¿En razon?
PEPIT. Ya veo que no es muy fácil.

ENRIQ. ¡Pues! Yo soy un niño necio.
Yo sólo digo dislates;
Yo nunca tengo razon,
Y soy un sér despreciable.
PEPIT. ¿Y quién te desprecia?
ENRIQ. Todos.
PEPIT. Mira, Enrique, lo que haces
Con ese modo de ser,
No es más que desesperarle
A papá, que es más que bueno,
Y á los dos nos quiere iguales.
ENRIQ. A mí no me quiere.
PEPIT. Enrique,
No seas injusto.
ENRIQ. Y dale:
Siempre lo que digo es malo.
PEPIT. No; pero es intolerable
El que mimándote tanto,
Nunca dejas de quejarte.
ENRIQ. Pues me quejo con justicia.
PEPIT. Mira, papá es muy amable
Y nos quiere mucho, mucho.
Pero al fin, si llega á hartarse,
Es posible que te ponga
Adonde mejor le cuadre.
ENRIQ. Que haga lo que le parezca.
PEPIT. No tengas envidia.
(Acercándose á él con cariño.)
ENRIQ. (Rechazándole.) ¡Apártate!
PEPIT. ¡No seas así!
ENRIQ. Pues déjame.
PEPIT. Enrique, eres poco amable.
ENRIQ. Que lo sea. (De mal modo.)
PEPIT. (Pues, señor,
No hay cristiano que lo amanse.)
(Se conclutrá.)

MANUEL GENARO RENTERO.

EL INVÁLIDO.

Un pobre y viejo soldado, que tenía una pierna de madera, se sintió súbitamente enfermo en un viaje que habia emprendido para encontrarse con su familia.

Falto de fuerzas y próximo á des-

fallecer, dirigió la vista al cielo en demanda de un socorro que no podía esperar de la tierra, toda vez que se hallaba en un sendero oculto y distante de poblado.

El Dios de misericordia oyó su

ruego, pues momentos despues apareció una tierna niña, que al ver el angustioso estado del pobre inválido, le preguntó con el más dulce interés:

—¿Está Vd. enfermo, señor soldado?

—Sí, hija mia, estoy enfermo, sin fuerzas para continuar mi camino y exhausto de recursos para proporcionarme alimentos.

—¡Pobrecito! dijo la niña suspirando con sentimiento, y despues añadió: mis padres, que viven en una granja cerca de aquí, son tambien muy pobres, pero en cambio son muy buenos; si Vd. quisiera apoyarse en mi brazo, yo le conduciria á nuestra casa, y estoy segura de que ellos harian por Vd. todo lo que les permitiese su estado.

—¡Qué buena eres, preciosa criatura! exclamó el soldado enternecido; Dios, que es tan grande, premiará los generosos instintos de tu noble corazon, y yo, aceptando tu oferta, le demuestro mi infinita gratitud por sus mercedes. Vamos, vamos á casa de tus padres, que, á no dudarlo, y por muy pobres que estén, serán compasivos y bondadosos como tú.

La niña dió su brazo al desgraciado enfermo con la más cariñosa solicitud, y una hora despues franqueaban la cancela que servia de puerta á la granja.

Los padres de Lucía, que así se

llamaba la caritativa niña, acogieron con innata benevolencia al militar, y despues de decirle que por su falta de recursos no podian acomodarlo como era su deseo, le prepararon una modesta cama en el granero y una taza de confortante y caliente caldo, que le hicieron tomar tan pronto se hubo acostado.

Lucía iba todos los dias á ver al enfermo, y despues de informarse de su estado, le dejaba una pequeña moneda de plata, que el soldado recibia siempre con lágrimas en los ojos.

Pero un dia el honrado militar le dijo con tono profundamente inquieto:

—Mi querida niña, yo sé que tus padres son muy pobres, y por consiguiente me alarma el no conocer el origen de tus donativos; sé tambien que tú eres buena, muy buena, y que nada puedes hacer que no esté conforme con tu conciencia; pero yo sería capaz de rechazar tus dádivas, de resignarme á morir de hambre, si tú no me dijeras cómo y de qué manera adquieres el dinero con que me socorres.

Confusa y ruborizada contestó Lucía:

—¡Oh! no se apene Vd. por eso, que el dinero que yo le doy es legítimamente adquirido. Cuando voy á la escuela, tengo que atravesar un pequeño bosque que tiene una gran cantidad de fresas; y en mi

deseo de que al marcharse Vd. pueda llevarse algunos cuartos para las necesidades del camino, se me ha ocurrido llenar con ellas una cestilla y venderlas en el mercado del pueblo, por lo cual percibo diariamente la pequeña cantidad que yo le traigo. Mis padres, que saben lo que hago, no tan sólo lo aprueban, sino que al ver la moneda que destino á mi enfermo, me besan y abrazan con efusion. Ahora Vd. me dirá si mi conducta le es tan agradable como lo es á los que debo el sér.

El viejo soldado sintió que dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

— Generosa niña, dijo procurando dominar su emocion; tu conducta es digna de un ángel. ¡Que Dios, el bondadoso Dios, recompense tus humanitarios sentimientos, y que siempre te los conserve para bien de los menesterosos y afligidos!

Lucía lloró tambien, pero lloró de placer. Y es que el hacer bien proporciona satisfacciones tan tiernas y tan dulces, que siempre debiéramos hacerlo para hallarnos contentos de nosotros mismos.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

SANTIFICAR LAS FIESTAS.

Hace pocos años que uno de los ilustres Arzobispos franceses, Cardenal de la Santa Iglesia, apesadumbrado al ver que se iba generalizando más y más todos los dias en la ciudad la profanacion de los dias festivos, estudiaba el medio más á propósito para hacer cesar, ó cuando ménos mejorar un estado de cosas tan deplorable, cuando le ocurrió el pensamiento de dirigirse directamente y en persona á uno de los más conocidos industriales de la ciudad. «Si el buen ejemplo viene

de lo alto, decia en su interior, será más eficaz.»

Llamóle, pues, el Cardenal á su palacio. Ufano y alegre el digno comerciante con tal prueba de estimacion por parte de su Arzobispo, correspondió al dia siguiente á la invitacion recibida. Mas cuando su eminencia, despues de algunos momentos de conversacion indiferente, pasó á explicarle el objeto de aquella entrevista, y pidióle por último que, para buen ejemplo de los demas, se dignase en los dias festivos

cesar de todo tráfico y venta, el comerciante replicó al punto con mucho respeto, pero con una convicción que dejaba al buen Cardenal poca esperanza de ver realizadas las suyas, que aquello le era absolutamente imposible; que sus intereses comerciales sufrirían gran quebranto, y que con adoptar aquella medida peligraría el porvenir de sus hijos. Mil otras razones añadió, que á su modo de ver eran á cual más importante.

Después de algunos momentos de una sincera discusión entre el Arzobispo y el negociante, que si bien era en el fondo católico, había olvidado que, cuando se busca con preferencia el Reino de Dios, lo demás se nos da por añadidura, su eminencia, como inspirado, exclamó de repente:

—Pues bien, voy á hacerle una propuesta: cese usted desde luego en todo negocio en los días festivos; calcule exactamente todas las noches la ganancia de aquel día, y si al fin del año no iguala á la del

año anterior, yo me obligo á... pagar el déficit.

—Señor Cardenal, Vd. se chace...

—Pero con la condición, replicó el Cardenal, que si, por el contrario, la ganancia fuere mayor, usted me entregará el exceso para mis actos de beneficencia.

Pasó el año, y el Cardenal ya no pensaba en su compromiso ni con el que había contraído el rico comerciante, cuando un día se presenta éste al Arzobispo:

—Eminencia, le dice en tono risueño, vengo á pagar mi compromiso: aquí están *seis mil francos*, que son el excedente de mis ganancias de este año sobre el anterior.

El buen ejemplo no había dejado de producir su fruto, porque en el decurso del año, muchos otros comerciantes cristianos de buena voluntad, pero débiles y vacilantes, se habían decidido á observar la ley de la Iglesia en todo su rigor, cerrando el despacho de sus negocios los domingos y días festivos.



ACTUALIDADES.



Madrid celebra la fiesta del bendito San Antonio, y no hay en la coronada villa ninguno que, poseyendo un caballo, no le engalane y saque á pasear por la calle de Hortaleza.

Esta se halla cuajada de gente; el tránsito se hace imposible; abundan con exceso los pisotones y codazos; reproducense las disputas sin cesar, y dos filas interminables de puestos de panecillos, más ó menos rojos, segun la bondad de la pintura, y más ó menos duros, segun el número de años que cuenta la masa, convidan á los transeuntes con una segura indigestion por muy poco dinero.

Por el centro de la calle corren los caballos desde la Red de San Luis hasta el convento de San Antonio, donde, gratis, reciben una racion de paja bendita, segun tradicion y respetable costumbre.

Juanito, Márcos y Enrique, que esperan comer panecillos como todos los madrileños, se disponen á celebrar el dia adornando y lavando á sus caballitos á fin de tenerlos prontos para la fiesta. No cuentan, sin embargo, con que la familia impedirá el cumplimiento exacto del programa, haciendo que los caballos se queden enjaezados y en casa.

Juanito, Márcos y Enrique se consolarán probablemente consumiendo una buena racion de panecillos. ¡Dios les libre de un empacho!